

El encantamiento de Dulcinea

Licenciatura en Filología Hispánica, Universidad de Cádiz

Cervantes y la Novela, curso 2011-2012

Adrián Perales Fernández · adrianperales.com · adrianperales@anche.no

 Licencia [Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/)

El capítulo X de *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* (Segunda parte, 1615) lleva como subtítulo «Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos». Supone todo un juego de ficciones respecto a la locura de don Quijote y el ingenio de Sancho.

Después de haber hablado durante varios capítulos sobre la primera parte de las aventuras del Caballero de la Triste Figura y despejar dudas con respecto a esta, don Quijote decide volver a partir en busca de aventuras. Lo primero que decide es ir al Toboso, donde habita su amada Dulcinea, para presentarle sus respetos. Cuando llegan, Sancho no sabe dónde está la casa de su señora puesto que él nunca estuvo allí, al contrario de lo que su amo cree. Como tiene miedo de ser descubierto convence a su señor para salir de la ciudad y ambos quedan en una arboleda. Es aquí cuando empieza el capítulo X, en el que el narrador advierte que incluso el mismo autor se sorprende de las locuras que en él hay escritas.

Don Quijote pide a Sancho que hable con Dulcinea para que pueda verla. Le dice que le cuente todos los gestos y movimientos que su amada hiciese. Sancho se lo promete, pero no cumple la orden inmediatamente sino que, cuando su señor está lejos, se queda al pie de un árbol, reflexiona y llega a la conclusión de que puede traerle a cualquier aldeana y presentarla como Dulcinea, ya que ninguno de los dos la ha visto y la locura de su señor es de tal naturaleza que puede convencerlo de que, efectivamente, la mujer que él traiga es su amada.

Cuando se dirige a la ciudad hay tres labradoras que salen de ella. Sancho va a ver a don Quijote y le dice que su señora viene en camino. Don Quijote no ve a su alta señora sino a tres labradoras que distan mucho de lo que se esperaba. Sancho habla con una de ellas haciendo ver que es Dulcinea ante los atónitos ojos del caballero. Las labradoras piden paso, don Quijote se lamenta de su mala suerte porque no puede verla y las mujeres se van. Sancho queda satisfecho por ver cumplida su trama y don Quijote se cree el hombre más desgraciado del mundo. Finalmente retoman el camino hacia Zaragoza.

Este capítulo supone un giro a la ficción y el juego de don Quijote, la muestra de un nuevo paso en la locura del caballero y del ingenio del escudero, y es uno de los motivos centrales de toda la segunda parte: don Quijote habla a menudo del encantamiento de su señora. Puede verse además cómo Cervantes adecua el lenguaje a cada uno de los personajes.

Entre la primera y la segunda parte hay un salto respecto a la actitud de los personajes. Sancho, que acabó la primera parte casi tan loco que su amo, vuelve a estar en sus cabales y es consciente de la locura de su señor. Por su parte, don Quijote también está algo más cuerdo, puesto que, aunque decide continuar con su juego, no ve la realidad transformada sino que son el resto de personajes quienes la transforman para él (esto ya aparecía en la primera parte, pero aquí es más evidente). Este es el caso del capítulo que nos ocupa.

Don Quijote manda a Sancho que hable con Dulcinea y que le describa todos los gestos y movimientos de su señora, incluso hace una enumeración de ellos. Por esto puede intuirse que don Quijote se hubiera contentado con una descripción precisa, una respuesta siguiendo los elementos que él ha enumerado, que Sancho le dijera lo que quiere escuchar. Pero ni el caballero ni el lector puede imaginarse la resolución del escudero.

Cuando su amo no está a la vista, Sancho se queda al pie de un árbol y reflexiona en un monólogo dramático, que se puede relacionar con el monólogo interior. Es consciente de la locura de su señor e incluso admite la suya propia («Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo»). También sabe que buscar a Dulcinea es en vano: ignora que no existe pero dice que es difícil por la cantidad de princesas del Toboso. Además, dice que es un riesgo para él puesto que los del pueblo pueden pensar que quiere quitarles a su princesa. Por eso decide, conscientemente, hacer uso de la locura de su señor en su provecho.

Es importante señalar esto ya que en la primera parte Sancho se ha dejado llevar por don Quijote y el resto de los personajes. En esta segunda no es exactamente del mismo modo: en ocasiones el escudero pone a prueba y duda de lo que su señor cuenta. Sancho sabe que puede presentar a cualquier mujer ante don Quijote ya que su locura ingeniará cualquier recurso para que él salga airoso, única conclusión posible

ya que, si don Quijote admitiese rotundamente que la mujer que le presenta Sancho no es Dulcinea, sería como acabar con su propio juego. Sancho usa las armas de su señor.

En esta segunda parte el escudero se mueve más por su propio interés y prefiere ir sobre seguro. Ya en capítulos anteriores le pide a su amo algún tipo de compensación anticipada por sus servicios, y en este, cuando don Quijote le promete recompensarle con unas crías o con lo que consiga en su primera aventura, Sancho no duda y le pide las crías, que sí estarán aseguradas: «A las crías me atengo —respondió Sancho—, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto».

Podemos observar a su vez que en don Quijote también ha habido un cambio: ya no transforma la realidad. Podríamos decir que su locura ha bajado algunos grados: si este capítulo se hubiera producido al principio de la primera parte posiblemente hubiera alagado a la mujer que Sancho le trajese sin reservas, por su locura o por su juego. Sin embargo don Quijote no ve a una princesa, como anteriormente vio gigantes donde había molinos, sino a tres labradoras feas y malolientes, como confiesa a su escudero. Pero Sancho insiste en que una de las labradoras es Dulcinea y no tiene otra opción más que admitir tal cosa y decir que ha habido un encantamiento. Duda entre dos posibilidades: que la encantada es Dulcinea, de tal modo que ha perdido su figura, o él, que es el único que no puede verla. Finalmente parece decidirse por que el encantado es él ya que Sancho sí que la pudo ver en toda su hermosura. Es una locura diferente, o simplemente se deja llevar por Sancho para no acabar con sus aventuras.

Con respecto al lenguaje, vemos cómo Sancho varía su manera de hablar cuando se encuentra delante de la encantada Dulcinea. Cuando reflexiona sobre su situación al principio del capítulo hace uso del lenguaje más propio de él, con numerosos refranes populares, pero delante de la labradora utiliza palabras elevadas al estilo de su señor, aunque siempre con rasgos propios ya que se confunde. Por su parte, don Quijote nunca abandona su estilo y, después de dudar de la veracidad de la situación, finalmente habla a la labradora Dulcinea con su estilo elevado y siguiendo las reglas del amor cortés, como siempre hace: es el cautivo de su señora y se lamenta profundamente de no poder verla en toda su hermosura.

Este amor cortés también está presente al principio del capítulo: el caballero se deleita con la descripción de los gestos y movimientos de su amada, no necesita verla. Esto es algo muy típico del amor cortés, la pauta que don Quijote ha seguido durante toda la primera parte y que ahora rompe su escudero. Por su parte, Sancho también se

comporta siguiendo las pautas que ha aprendido de su señor: se arrodilla delante de la labradora Dulcinea y usa un lenguaje en que la elogia, un lenguaje que no le es propio. Sabe que es el escudero de su señor enamorado y por eso también debe mostrar sumisión ante la mejer que, dice, es su señora.

En medio de todo este juego de ficciones tenemos a las tres labradoras, personajes secundarios pero no por ello menos importantes. Son tres mujeres trabajadoras que salen en borricas con prisa para encargarse de sus asuntos, y sin razón se encuentran con dos hombres que se postran ante ellas. Tienen que escuchar las razones de Sancho, las cuales no entienden aunque este se equivoque, y las del caballero.

Son personajes radicalmente distintos al ideal de don Quijote, de su Dulcinea. Los dos personajes hablan de que todos los elementos típicos de la dama, personificados en Dulcinea, han sido transformados. Se refieren al olor, a los ojos, cabellos y facciones, y ponen en contraposición los rasgos de la labradora, totalmente opuestos. Además, su comportamiento no es propio de princesas, ya que salen corriendo muy rápido sobre sus monturas, y la labradora que encarna a Dulcinea, que se cae de su borrica, vuelve a montar con agilidad, como si pareciera un hombre. Todos estos rasgos se ven intensificados con su forma de hablar, ya que usan expresiones populares y deformaciones del habla del campo. Un ejemplo de esto:

—Mas ¡jo, que te estrego, burra de mi suegro! ¡Mirad con qué se vienen los señoritos ahora a hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos! Vayan su camino e déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano.

Finalmente hay que hacer alusión al párrafo inicial del capítulo. El narrador vuelve a utilizar a Cide Hamete Berengeli, el historiador moro que escribió la historia, el primer autor. Lo usa para lograr dos efectos: suspender la historia (como hizo en la primera parte, que corta la aventura con el vizcaíno) o para dar verosimilitud al relato. En este capítulo estamos ante el segundo caso.

El primer autor se sorprende de lo que hay en este capítulo, pero las escribe por que siempre hay que contar la verdad aunque parezca una locura. Con esto se refuerza la impresión de que en realidad lo que se está contando es cierto, recurso que se usa durante toda la obra. Pero no hay que olvidar que el historiador que escribe, aunque tenga la obligación de contar la verdad por su profesión, es un moro, y los moros son personajes tradicionalmente mentirosos. Cervantes juega con este doble sentido una vez más.

En resumen, en este capítulo vemos cómo Sancho aprovecha la locura de su señor en su propio beneficio, cómo se define en esta segunda parte: un personaje más ingenioso y más consciente de lo que ocurre a su alrededor, aunque sigue dejándose llevar por su señor debido a su ignorancia. Por su parte, don Quijote está en un nuevo grado de su locura ya que no ve a la Dulcinea que Sancho le presenta, pero no tiene más remedio que admitir que es ella. Es un personaje un poco más atado a la realidad, es aún menos claro si realmente está loco o si está jugando a ser caballero.

Cervantes nos va llevando poco a poco al inevitable final, y este capítulo representa uno de los motivos centrales de toda la segunda parte. ¿Don Quijote ya no es tan don Quijote, Sancho ha aprendido de su señor...? Como ocurre con cualquier otro capítulo de la obra, en este encontramos esa incertidumbre: no sabemos realmente cómo son los personajes.

Bibliografía consultada:

Cervantes Saavedra, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*, Ángel Basanta (ed.), Anaya.

G. González Molina, José: *Lecturas del Quijote*, «Segunda parte. Capítulo X. Don Quijote encuentra encantada a Dulcinea», 2011¹

Cervantes Saavedra, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*, Francisco Rico (ed.), Centro Virtual Cervantes, Capítulo X²

1 <http://lecturasdelquijote.blogspot.com/2011/08/segunda-parte-capitulo-x-don-quijote.html>

2 <http://cvc.cervantes.es/obref/quijote/edicion/parte2/cap10/default.htm>